

El Poder Del Pueblo Preparado

La Resistencia Civil y la Democratización

Por Peter Ackerman & Jack Duvall

Tisovets es un sitio de esquí popular en los montes Cárpatos, es una fatigosa jornada en un vehículo todo terreno desde Lviv. La jornada fue excepcionalmente desafiante para el recientemente elegido presidente de Ucrania, Victor Yushchenko, y el presidente de Georgia Mikhail Saakashvili. Allí durante su reunión el 5 de enero de 2005, revisaron los eventos que condujeron a sus elecciones. Los movimientos democráticos que los empujaron al poder tenían que sobrepasar regímenes obstinados, derrotar individuos corruptos, y desconcertar la poca credibilidad de los observadores internacionales.

“Los pueblos de Ucrania y Georgia han demostrado al mundo que la libertad y la democracia, la disposición de la gente, y las elecciones libres y justas son más poderosas que cualquier sistema político, no obstante su fuerza y severidad”, anunciaron los dos presidentes en un comunicado oficial. Esta declaración llena de confianza no habría sorprendido a Gloria Arroyo, presidenta de Filipinas, al presidente Ricardo Lagos de Chile, al presidente Thabo Mbeki de Sur África, o al presidente Voviaslay Kostunica de Serbia y Montenegro—cuyos países fueron también transformados por “el poder del pueblo”. Sin embargo, las ideas que Yushchenko y Saakashvili endorsaban en Tisovets aún hacían alarde del conocimiento convencional mundial.

Los comentaristas fuera de Ucrania parecían incrédulos de que los ucranianos comunes y corrientes estaban detrás de la revolución naranja. Un profesor de la universidad de Oxford atribuye la victoria al apoyo estadounidense de los grupos de oposición, procedente del hombre de negocios George Soros y las agencias estadounidenses como la de *National Endowment for Democracy*. Un artículo en el *New York Times* identificó el colegio de abogados americano como entrenador de jueces ucranianos y lo identificó como un factor clave. Expertos rusos citaron el entrenamiento de jóvenes ucranianos activistas dirigidos por veteranos de Otpor, el grupo Serbio de estudiantes que ayudó a derrotar a Slobodan Milosevic.

El hecho de que los analistas extranjeros gravitaran hacia factores externos sin duda fastidió a los dos hombres que habían encabezado la revolución rosa y naranja. En su declaración en los Cárpatos, Yushchenko and Saakashvili tuvieron una respuesta ambigua: “Nosotros rechazamos fuertemente la idea de que una revolución democrática y pacífica pueda ser desencadenada por técnicas artificiales o indiferencia externa. Por el contrario, las revoluciones en Georgia y Ucrania sucedieron a pesar de técnicas políticas o interferencia externa.

Entonces el camino a Tisovets no estaba pavimentado con dinero de los Estados Unidos o construido con consejeros serbios. Los conductores de Ucrania y Georgia maniobraron las curvas y el terreno arduo que ellos y su gente conocían mejor. Aún, el conocimiento básico de cómo conducir había sido concebido, por mucha gente en muchos países.

Qué es el Poder del Pueblo?

“El poder del pueblo es una forma de consciencia.” “El poder del pueblo es un eufemismo para el gobierno de la mafia.” “El poder del pueblo es acerca de la restauración de la invisible institución de la moral.” Ninguna de estas definiciones sacadas al azar de la internet llegan a aproximarse a la definición del fenómeno histórico de lo que es el poder del pueblo. La mayoría de las referencias en las noticias son igualmente erradas. El término fue acuñado en las Filipinas para describir el flujo de oposición popular hacia el dictador Fernando Marcos, aún dividida en sus fuerzas militares, facilitada por las protestas que inmovilizaron a Manila, y que inclusive obligaron a que Marcos renunciara al poder.

Las protestas en sí mismas no pueden sacar a un gobernante del poder por que el poder no viene de un espectáculo público; viene de la fuerza que se aplica. Cuando un movimiento es dirigido estratégicamente y basado en la participación civil, las protestas solamente son una de las muchas tácticas no violentas, incluyendo huelgas, boicoteos, barricadas, y cientos de actos sociales y económicos de interrupción que pueden disolver el apoyo político o militar que tiene un gobernante. El poder en “el poder del pueblo” se entiende mejor como el resultado de la detonación de estas armas no violentas.

Mohandas Gandhi fue el primero en el siglo XX que discernió acerca de lo que los civiles comunes y corrientes podrían hacer—o abstenerse de hacer—para cambiar el curso de su país. “Inclusive el más poderoso no puede gobernar sin la cooperación de los gobernados” dijo. Si suficiente gente usa esta cooperación, ellos van a reducir la legitimidad del gobierno y a la vez incrementarán el valor de cumplir su deseo. El instrumento que hace posible esto es un movimiento auto-organizado, el cual el científico político Sydney Tarrow describe como tener “el poder de desencadenar secuencias de acción colectiva” basado en un marco unificado de metas comunes. Cuando los movimientos no violentos de esta clase han agotado las fuentes de apoyo de un gobernante, los resultados han cambiado la historia:

En 1980, el movimiento de Solidaridad en Polonia usó huelgas industriales para hacer que el régimen comunista permitiera un sindicato de comercio libre. El movimiento continuó clandestinamente durante la ley marcial, y el presidente Wojciech Jaruzelski eventualmente pidió solidaridad para ayudar a negociar las primeras elecciones libres de Polonia, las cuales ganó.

Desde 1985 hasta 1990, el frente democrático unido de Sudáfrica, usó boicots y huelgas para hacer daño a los negocios que apoyaban la segregación racial, erosionando el apoyo del sistema racial y haciendo el país imposible de gobernar, y así forzó al partido gobernante a que negociara un nuevo sistema político.

En 1986, después de que el presidente Marcos se robó las elecciones, impulsando de un extremo al otro un estado de cólera entre los filipinos, una verdadera armada de oponentes civiles rodeó y protegió unidades militares claves que habían desertado, avisando que el presidente había perdido la opción de represión. Él dimitió.

En 1988, después de cinco años de cultivar protestas contra el gobierno militar del General Augusto Pinochet, los chilenos organizaron "una cruzada de participación cívica" para ganar un plebiscito que convocó Pinochet persuadiendo a los miembros de su junta a que declinaran ordenes de medidas represivas obligándolo a dimitir.

A partir de 1989 hasta 1990, en Praga, Berlín del Este, Sofía, Ulán Bator, y otras capitales de la esfera soviética, decenas de miles de ciudadanos ordinarios ocuparon plazas públicas mientras el mundo entero miraba por televisión, forzando a estos regímenes a tener elecciones libres y liberando a más de 120 millones de personas del control autoritario.

En 1996 y 1997, miles de estudiantes serbios y trabajadores marcharon en Belgrado para exigir que el Presidente Slobodan Milosevic aceptara victorias de oposición en elecciones municipales. Al final lo hizo en el año 2000, los manifestantes fueron unidos por unos cientos de los miles de serbios comunes y corrientes de todo el país que convergieron en la capital después de que Milosevic rechazó aceptar su propia derrota electoral. Cuando los defensores del dictador rechazaron sus órdenes, él tuvo que marcharse.

Las semejanzas entre estas transiciones basadas en lo civil a la democracia son fácilmente evidentes. Que estas no hayan llamado la atención de muchos políticos o expertos se debe a tres malentendidos.

Primero, la acción no violenta es a menudo malinterpretada como una forma de hacer paz o resolver un conflicto más que una manera de proseguir y ganar un conflicto. Cuando ha sido iniciada, especialmente contra un dirigente opresivo, la acción no violenta es usualmente descartada como algo sin fuerza que necesita patrocinadores externos. Una vez que la resistencia civilmente basada se ve como lo que es, como una forma de derrota en lugar de suavizar o persuadir un oponente, la estrategia interna y las tácticas que a menudo producen éxito pueden ser identificadas.

Segundo, las élites políticas y los productores de noticias naturalmente dan amplia atención a las acciones de altos titulares, generales en comando, y figuras famosas. Las acciones potenciales o eminentes de ciudadanos comunes y corrientes, normalmente se ven por debajo del radar político. Cuando un régimen sucumbe con esta estrategia, los espectadores de afuera quedan estupefactos.

Tercero, cualquier victoria del pueblo tiende a caracterizarse como *sui generis* una vez que un factor catalítico se nota y se considera suficiente para estimular una ola política. En Ucrania, fue la posición de Yushchenko la que pareció como galvanizador de la oposición, en Serbia, el voto independiente contó, en Sudáfrica, el cambio de liderazgo a Frederik Willem de Klerk; en Chile la decisión de Pinochet de sostener un plebiscito. Aunque ninguna de estas circunstancias podría haber importado si no hubiera habido resistencia autóctona civil aplicando presión extrema sobre los regímenes, instituciones y partidarios, haciendo el costo de la represión prohibitiva. Ignorar estas interpretaciones erróneas y entender las condiciones necesarias que producen este tipo de crisis constructiva es esencial para que la adopción del poder del pueblo como medio de democratización pueda expandirse.

Cómo Tiene Éxito el Poder de Pueblo

El gran estratega erudito Thomas Schelling escribió hace casi más de un siglo acerca de las dinámicas de conflicto entre oponentes violentos y no violentos. “El tirano y sus objetos están más o menos en posiciones simétricas. *Ellos* pueden negarle a *él* la mayoría de lo que *él*

quiere—ellos pueden, esto quiere decir, si ellos tienen la organización disciplinada de rehusar colaboración. Y él puede negarles a ellos casi todo lo que ellos quieren—él puede negárselo usando la fuerza a su disposición... Es una situación de negociación en la cual ninguno de los dos lados, adecuadamente disciplinados y organizados, pueden negar la mayoría de lo que el otro quiere, y queda por ver quién gana.” En otras palabras, el resultado será determinado por la destreza de los competidores, ni la historia, ni las fuerzas internacionales obscuras, u otros factores colaterales. Para que un movimiento civil basado en la no violencia pueda vencer un gobierno opresivo, tres condiciones son necesarias para la victoria.

La primera es unidad, abarcada por los varios grupos y activistas quienes quieren una sociedad abierta y democrática. La unidad tiene que ser predicada en el consenso acerca de las metas, ambas a corto y largo plazo. La unidad de propósito también inculca una cohesión organizada así las decisiones de los líderes pueden llevarse a cabo lo más efectivamente posible. En la campaña presidencial en Serbia, los líderes de oposición dejaron de lado sus ambiciones personales para unirse a Kostunica como candidato respetado contra Milosevic y para prevenir que el régimen tomara papeles de grupos opuestos contra cada uno. Mas allá de evitar conflictos internos, solamente una campaña basada en coalición en una forma verosímil puede reclamar para representar la preponderancia de la población civil cualquiera que sea su división étnica o ideológica.

Aunque los medios de comunicación globales se enfocan en la apariencia y las palabras del líder de un movimiento, algunas revoluciones de poder de la gente de la historia carecieron de líderes carismáticos. Todas fueron conducidas por coaliciones robustas. La Solidaridad, por ejemplo, fue el agente por el cual los conservadores católicos, los intelectuales de izquierda, los trabajadores del muelle, y los mercaderes polacos se amalgamaron en una fuerza civil la cual puso una continua presión hacia el régimen comunista, inclusive durante los años de ley marcial. El movimiento del pueblo que provocó a la mayoría de los chilenos a oponerse a Pinochet incluía grupos de todas las gamas políticas, desde los socialistas radicales hasta los conservadores de mercado libre.

La segunda condición necesaria es la planeación decisiva. La organización de un movimiento no se hace espontáneamente. Requiere capacidad táctica para que así el personal pueda ser entrenado, recursos materiales reunidos, y mantenimiento de comunicaciones independientes. También requiere una secuencia estratégica de varias tácticas para explorar, confundir, e incluso abrumar al oponente. En Georgia en el año 2003 el grupo juvenil Kmara invitó los veteranos de un grupo de Serbia Otpor a que vinieran a Tbilisi y proporcionaran entrenamiento avanzado en la acción no violenta. De allí siguió un plan mejorado y una mejor ejecución en la secuencia de grafiti de Kmara, campañas de panfletos y afiches contra la corrupción y la libertad de expresión en los medios de comunicación. En el corazón del desarrollo de una campaña de análisis estratégico se encuentra el análisis de los recursos del oponente, incluyendo el liderazgo en los negocios del país, su fundación religiosa, y su seguridad—y luego el método de las tácticas para debilitar y dividir los pilares de dicho régimen. Las audiencias internas son incluso más cruciales que el apoyo externo, y las dos están influenciadas por la lucha por la legitimidad entre el movimiento y el régimen.

La victoria de ésta lucha es imposible a no ser que la oposición se abstenga de la violencia, porque así como la represión hace que un régimen pierda legitimidad, los ataques armados desacreditan los valores y la estrategia de un movimiento. La disciplina no violenta es por lo tanto la tercera condición para el éxito en la lucha civil. Sin ella, un movimiento no puede conseguir la participación de la mayoría de la gente, quien evitará el riesgo asociado con la resistencia violenta. Además, la violencia convierte un conflicto en una lucha de armas, en el cual la mayoría de los regímenes tienen una ventaja.

La disciplina no violenta es también crítica en el convencimiento de los defensores del régimen. La desertión de la policía y los militares con frecuencia rompen el soporte de la represión del Estado. Es poco probable que los soldados cambien su afiliación hacia la gente quien les está disparando. Los defensores de un dictador vienen de las mismas comunidades y familias de las legiones del movimiento. Ellos saben lo que está en juego: su sustento y los futuros prospectos en una sociedad que tiene la oportunidad de escapar del caprichoso, gobierno mortal.

Una vez que el fraude electoral ocurrió en Ucrania, los comandantes del servicio secreto enfrentaron la decisión. Como lo dijo un alto general: "Hoy podemos salvar nuestras hombreras, o podemos tratar de salvar nuestro país." Cuatro días después los oficiales de seguridad fueron a ver a sus oponentes en la policía y el ejército ucraniano, "no olviden que están llamados a servir a la gente" sostuvieron. Cuando el ministro de interior ordenó a las tropas que terminaran las enormes demostraciones en Kiev, el jefe de estado del ejército dijo que sus tropas estarían "del lado del pueblo." Las medidas represivas fueron abortadas.

Después, dos oficiales de alto rango del servicio de seguridad declararon que sus esposas habían estado entre los manifestantes y uno dijo que su hija estaba en la calle también. Esta dinámica no es nada nuevo. En el punto culminante del poder del pueblo en las Filipinas en 1986, con los militares divididos en campos opuestos, un manifestante se tomó una emisora de radio independiente y se dirigió a su sobrino, un oficial militar clave. "Artemio, este es tu tío Fred hablando...por favor escúchame." Luego empezó a explicar la razón por la cual su sobrino debería unirse al pueblo.

La causa del pueblo es lo que un movimiento civil bien planeado y unificado viene a personificar. Esto eleva la lucha por encima del nivel "de técnica", en las palabras de la Declaración de los Cárpatos, y a la pregunta del futuro del país. De algún modo, cada movimiento no violento representa una proposición simple, existencial: es hora de gobernarnos, es hora de ser libres. Por eso el significado de *Pora*—"¡Es momento!"—el nombre del grupo ucraniano de estudiantes.

Así como Yushchenko y Saakashvili lo sabían, ellos no habrían asumido el poder sin el catalizador de su indignación por la elección robada. Pero las oportunidades no se materializan sin planificación y sin preparación. Como los dos presidentes también seguramente lo sabían, las revoluciones en Ucrania y Georgia surgieron de estrategias y decisiones que suministraron los requisitos previos para el poder del pueblo.

Por qué Importa el Poder del Pueblo

En un estudio en el año 2005, *Freedom House* contó 67 transiciones en el mundo de gobiernos no democráticos a gobiernos democráticos entre 1970 y 2003. Fuerzas civiles no violentas fuertes, o moderadamente fuertes, estaban presentes en 50 de estos casos. Más del 70 por ciento de aquellos implicaron frentes universales populares no violentos y también coaliciones cívicas que eran sumamente activas.

Las decenas de miles de los civiles que hacen que el poder del pueblo funcione, lo hacen las cuadrillas de ciudadanos políticamente activos que hacen que la democracia funcione. Es una de las razones principales por que tales estados tienden a permanecer democráticos mucho después de que *Freedom House* notó que "entre más fuerte la coalición civil no violenta que funciona en sociedades en los años inmediatamente precedidos a la transición, más profunda es su transformación en la dirección de la libertad y la democracia." Esta correlación—entre la resistencia autóctona de base civil y el mantenimiento de gobiernos democráticos—debería enmarcar de nuevo el debate sobre cómo la comunidad internacional o cualquier gobierno deberían animar la democratización.

Hasta ahora aquel debate ha sido empañado en la dicotomía supuesta entre "el poder duro" amenazando al palo grande de la fuerza militar, "y el poder suave", confiando en las zanahorias de la diplomacia y comercio. Pero dependiendo del efecto, como se supone, es coactivo o seductor, estos dos instrumentos de influencia son proyectados por fuera del dominio de un régimen amenazador, represivo. En contraste, el poder de la gente es una fuerza autóctona y funciona dentro de aquel dominio, con más acceso íntimo a las fundaciones de un régimen de poder.

La realidad consiste en que los ciudadanos extranjeros no pueden formular el discurso de un movimiento civil, analizar los pilares de apoyo de su opositor, o hacer decisiones tácticas en un conflicto que circula rápidamente. La acción para producir cada una de las condiciones necesarias para el poder del pueblo puede ser sacada sólo de la experiencia local. Lo que puede venir del extranjero es el equipo de comunicaciones, fondos para artículos tangibles como ordenadores o las etiquetas adhesivas de parachoques, y entrenamiento en las habilidades genéricas en la resistencia no violenta—todo lo cual acelera el pulso del poder del pueblo.

En Tisovets, Yushchenko y Saakashvili implícitamente endorsaron la idea de ayuda internacional para la resistencia civil, cuando ellos dijeron que apreciaban "el apoyo de estados democráticos y organizaciones para la lucha no violenta de nuestros ciudadanos." Mucha de la crítica de este apoyo ha venido de los que sospechan motivos ulteriores estadounidenses, aún cuando el entrenamiento en la supervisión del voto de la Unión Europea y la ayuda de organizaciones no afiliadas con el gobierno de los Estados Unidos no fuera igual si no más provechosa al movimiento en Ucrania.

La ayuda multinacional a los movimientos no violentos no es nada nuevo. Los católicos en Europa y Norteamérica ayudaron a activistas no violentos en Polonia y Filipinas. Sindicatos estadounidenses ayudaron a la campaña de anti-Pinochet en Chile. Las organizaciones afro americanas fueron vitales en el apoyo de la lucha antiapartheid en Sudáfrica. Los libertadores de Filipinas, Chile, y Sudáfrica eran filipinos, chilenos, y sudafricanos. Pero como la declaración

de los Cárpatos, lo ha hecho claro, la solidaridad material y política dada a movimientos autóctonos, más el conocimiento de poder que la gente ha cosechado del extranjero, ha sido sumamente oportuna.

Delineando la capa de la soberanía sobre sus abusos, algunos regímenes demandan que las propias demandas de la gente por un cambio son un síntoma de intervención extranjera. Aún las sociedades más anti democráticas felizmente aceptan la ayuda económica, social, o humanitaria de agencias de desarrollo internacionales, regionales, o nacionales. La responsabilidad por los resultados ha sido por mucho tiempo vista como crítica en la eficacia de la absorción eficaz de esta ayuda. Porque el gobierno democrático proporciona aquella responsabilidad, la ayuda internacional para la democratización conducida civilmente es un modo inteligente de proteger la inversión mundial en el desarrollo humano.

Y las estacas son aún más altas. Los regímenes represivos manejan la muerte. Todos encarcelan o ejecutan a disidentes. Algunos se benefician del tráfico de mujeres y niños procurados para esclavitud o el comercio sexual. En su forma más inestable, estos son abastecedores o clientes de las armas de destrucción masivas—y estos inspiran a los rebeldes, quienes a menudo convierten la guerra o el terror como medio de liberación. Esto no debería ser tolerado más.

El agente más eficaz y menos costoso para disolver estos regímenes no es la rebelión violenta, no es la guerra, y ni aún el poder externo. Es la capacidad de los civiles en estas sociedades para emprender una lucha por la libertad, si ellos están equipados con el conocimiento de cómo usar la resistencia estratégica no violenta. En la sombra del horror de lo que los regímenes a los que ellos se oponen podría de otra manera cometer, el rechazo de ayudar a las fuerzas autóctonas sería un fracaso humanitario.

Para proteger y ampliar esta ayuda, y asegurarla no sirve el orden del día de ningún gobierno para "el cambio de régimen", una institución internacional o una nueva fundación internacional deberían canalizar la ayuda a los grupos civiles que escogen estrategias del poder de la gente. Tal institución debería ser independiente y adoptar nuevas normas internacionales para distribuir la ayuda. Por ejemplo, los grupos ayudados deberían comprometerse a la acción no violenta, la autonomía democrática, y las normas consagradas en la declaración universal de derechos humanos.

Ahora que el conocimiento de cómo los ciudadanos ordinarios pueden democratizar sus propias naciones ha sido desarrollado, la comunidad internacional debería hacerlo disponible por todas partes. La distribución de este nuevo alfabetismo de liberación no puede fabricar el poder de la gente. Pero esto puede acelerarlo. Los georgianos y ucranianos siguieron a indios, salvadoreños, checos, mongoles, y cantidad de otros pueblos que usaron estrategias no violentas de reconstituir o sustituir los gobiernos que habían pisoteado sus derechos. Muchos otros tomarán el mismo camino en los años por venir. La única pregunta es si el mundo prestará atención a las palabras de Tisovets para ayudarles.